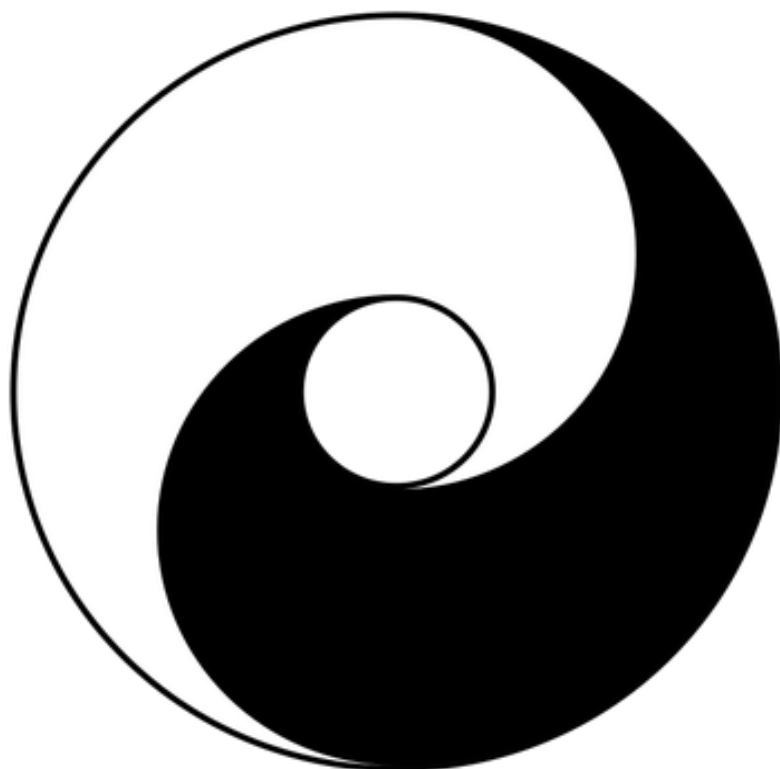


recopilación
cuentos taoístas



autores
practicantes qigong
curso formación qigong 15ª promoción

 INSTITUTO **QIGONG** BARCELONA 

ebook editado en Sant Jordi 2025
Barcelona

Índice

1 Cedro Maestro, Eva Martín Muñoz	3
2 El alcornoque y la mariposa, Félix de Castro Ortín	4
3 El almendro, Eva Baró Gutiérrez	5
4 El árbol sagrado y la pequeña Li, Maite García López	6
5 El camí, Mireia Claret van Dorp	7
6 El castaño, Luis Freitas Rodríguez	8
7 El ciclo continuo, Lorena Serra	9
8 El ginkgo biloba, Juan Antonio Sánchez Cabrera	10
9 El pi i el Dao, Carles Amengual i Vicens	11
10 El sauce llorón que quería ser álamo, Nathalie Besson	12
11 El silenci del garrofer, Maria Mataró Serrat	13
12 El texu, José Antonio Díaz Blanco	14
13 El valle de los frutos, Cristina García García	15
14 El viejo roble, Javier Ramírez Gámez	16
15 Homenatge al meu avi: la figuera, Lourdes Frigola Gironès	17
16 La humilitat de l'auró, Diego Orta i Molins	18
17 La luz del limonero, Violeta Albareda Fernández	19
18 La mimosa, Olga Pallàs Estatuet	20
19 La parra, Juan Antonio Fuentes Sánchez	21
20 Las raíces de la sabiduría, Jorge Peña Gómez	22
21 Los olivos de mi pueblo, Maria del Valle Villaécija Barea	23
22 Nita i l'aroma del bosc, Ana María Legua Febas	24
23 Pinsapo, Francisco Venegas Benítez	25
24 Sakura, cerezo japonés, Montserrat Ruiz Delgado	26
25 Solo soy un cactus, Julio Martínez Maldonado	27
26 Verde que te quiero verde, Eva Dürk	28

Corrección: Inteligencia Artificial

Diseño y maquetación: Núria Leonelli

Las ilustraciones son de dominio público y uso libre: [freepik.com](https://www.freepik.com)

Prólogo

Me llena de alegría presentar este libro de *Cuentos Taoístas*, una colección que nos invita a contemplar la naturaleza como la más sabia de las maestras. Cada relato es un reflejo de los principios del Tao, una guía que nos enseña a fluir con los ciclos de la vida y a abrazar las transiciones sin resistencia.

Como los girasoles en su danza heliotrópica, aprendemos a movernos con el sol, siguiendo su recorrido, de este a oeste, desde el amanecer hasta el ocaso. Y durante la noche, retornan nuevamente hacia el este. Este movimiento, fluido y constante, nos enseña a aceptar los cambios con flexibilidad, buscando siempre la armonía. Los girasoles no se resisten a la oscuridad, ni apresuran la llegada de la luz; simplemente confían en el ciclo, adaptándose a cada instante con sabiduría natural.

Sin embargo, al alcanzar la madurez, los girasoles cesan su danza diaria y se orientan al este en una postura estática, enraizados en la serenidad de lo aprendido. Este reposo no es inmovilidad, sino una manifestación del equilibrio del Tao: fluir cuando es necesario y permanecer cuando es sabio.

Espero que estos cuentos sean para ti un reflejo de esta armonía, y que en ellos encuentres inspiración para recorrer tu camino.

núria leonellí selles

Cedro Maestro

Eva Martín Muñoz

Había una vez un bosque de cedros milenarios donde se encontraba una pequeña escuela rural para niños. Tenían un profesor que les enseñaba todo lo necesario para que, al crecer, pudieran valerse por sí mismos.

El maestro les guiaba en el trabajo interior: practicaban Qigong, meditaban y leían antiguas escrituras como el *Tao*, el *Wuwei* y el *Te*. Siempre llevaban a cabo estas clases en el bosque, reunidos alrededor del *Cedro Maestro*, el árbol más longevo del lugar y el preferido de los niños. Un día, mientras leían las antiguas escrituras, el profesor notó que los conceptos del *Tao*, el *Wuwei* y el *Te* les resultaban difíciles de comprender. Así que propuso un ejercicio de observación consciente: debían prestar atención a todo lo que sucedía en el árbol y su entorno. Los niños observaron atentamente. Vieron que en el *Cedro Maestro* ocurrían muchas cosas: pajarillos volaban y cantaban en sus ramas, hormigas subían y bajaban por su tronco, ratoncillos entraban y salían entre sus raíces. La luz del sol acariciaba su copa, y el frío, el viento y la lluvia pasaban sin perturbarlo. A pesar de sostener tanto, parecía no importarle; aceptaba cualquier circunstancia externa sin que su interior se inmutara. Seguía allí: tranquilo, erguido y fuerte, en una paz inquebrantable.

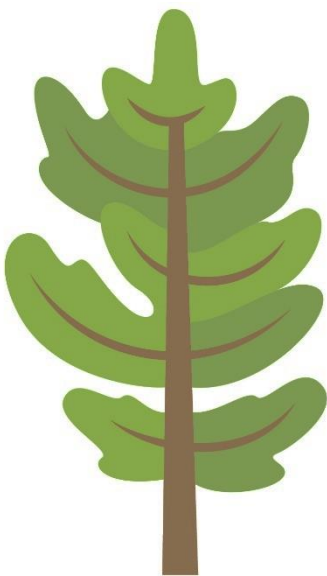
Al terminar el ejercicio, el profesor les preguntó cómo les había ido. Los niños respondieron con asombro:

—Ahora el *Cedro Maestro* es más maestro que nunca. Tiene mucha paz interior a pesar del bullicio exterior.

El profesor asintió con una sonrisa y explicó:

—El *Cedro Maestro* está conectado con lo absoluto, y cuando eso sucede, uno se convierte en parte del universo. Entonces todo está bien; nada es bueno ni malo, simplemente es. Aceptar lo que ocurre, dejar que fluya y fluir con ello es la esencia del *Tao*, el *Wuwei* y el *Te*. Es la armonía de los contrarios: el yin y el yang. Espero que, gracias a nuestro amigo *Cedro Maestro*, hayáis comprendido mejor el significado de los antiguos clásicos taoístas.

—Gracias, maestro —respondieron los niños.



El alcornoque y la mariposa

Félix de Castro Ortín

Cuando la mariposa se posó en la rama del alcornoque, lo saludó.

—Hola, alcornoque, ¿cómo estás?

—Muy bien. ¿Y tú, mariposa?

—Muy bien —le contestó.

Tras un pequeño silencio, la mariposa dijo:

—¿Sabes? Tengo una duda. Me han dicho que no eres un buen árbol. ¿Es verdad?

—No sé qué es ser un buen árbol —respondió el alcornoque.

—Dicen que no tienes mucha inteligencia. Por eso, a los humanos que tienen poca se les llama “alcornoques”.

—No sé qué es tener inteligencia.

—Entonces, ¿no sabes lo que es bueno y lo que es malo, lo que es actuar bien y lo que no?

—Sé que soy un árbol, que vivo, que disfruto de lo que me pasa, que me muevo cuando el aire quiere, que crezco con el agua y el sol. ¿Qué más necesito?

—¿No necesitas saber cómo hacer bien las cosas?

—Pues no lo sé. Solo actúo según mi naturaleza, sigo mis instintos.

—¿Y no te gustaría conseguir hacer mejores hojas o dar mejores frutos?

—No lo sé, solo sigo mi naturaleza. Yo no hago nada.

—¿Estás seguro de que no haces nada?

—Solo sé que soy un alcornoque. Aunque también soy tú misma, y ese otro árbol, y esta tierra, este aire y este sol. Y soy también esas personas que hablan de mí. Y este cuento. Eso soy.



El almendro

Eva Baró Gutiérrez

En el corazón de un tranquilo jardín familiar, junto a una fuente donde el canto de los pájaros se mezclaba con la suave brisa y el tintineo lejano de campanas, un almendro recién plantado dormitaba. Abrazado por el silencio, resistía en su letargo hasta que un rayo de luz lo despertó.

—¿Quién eres? —preguntó el almendro, sacudiendo el sueño de sus ramas.

—Soy Mochi, el espíritu de la mascota que esta familia amó. Mis restos descansan bajo tus raíces, y en ti viviré. Antes de partir, te entrego mi esencia —respondió el rayo.

—¿Por qué a mí? —susurró el almendro, aún adormecido.

—Porque tu sencilla presencia traerá alegría. No necesitan comprenderlo, basta con que lo sientan —respondió Mochi con ternura.

—¿Qué debo hacer? —preguntó el almendro.

—Sé el corazón del jardín. Ofrece flores en primavera, sombra en verano, frutos en otoño y calma en invierno. Tus ramas, cargadas de almendras, serán mi recuerdo. Fluye con la vida y permite que el viento acaricie tus hojas.

—¿Cómo sabrán que estoy aquí? —inquirió el almendro.

—Te han escogido porque simbolizas el amor eterno. No necesitas hacer más que existir. Tu ser irradiará serenidad, y su sonrisa será la respuesta.

El almendro aceptó.

Un día, una brisa acarició el jardín, y los árboles respondieron con un halo de luz. La madre de Mochi despertó, contempló el jardín y su mirada se posó en el almendro. Una sonrisa iluminó su rostro, y en ese instante, el almendro comprendió su propósito. Floreció, uniendo a la familia en un abrazo eterno de amor y paz.



El árbol sagrado Ficus Banyan y la pequeña Li

Maite García López

En un remoto bosque de la antigua China, se enraizaba un majestuoso Ficus Banyan, el árbol sagrado de ramas fuertes. Una fresca mañana de primavera, la pequeña Li decidió explorar el bosque en su búsqueda. Había escuchado muchas historias sobre el árbol y quería descubrir la verdad por sí misma.

Al llegar a él, lo tocó con reverencia, acariciando su fina corteza. Para su sorpresa, una voz suave pero poderosa le habló:

—Bienvenida, pequeña Li. He escuchado tu corazón y sé que buscas sabiduría. ¿Qué deseas aprender hoy?

Sorprendida, pero sin miedo, Li respondió:

—Quiero aprender cómo vivir sin ansiedad ni frustración.

El Ficus Banyan asintió con un gesto amable y tierno.

—Para vivir sin ansiedad ni frustración, debes comprender y aplicar el principio del *Wu Wei*. Aprende a fluir con los eventos de la vida como el agua en un arroyo, encontrando siempre una manera de rodear los obstáculos sin perder tu esencia.

Li, curiosa por saber más, preguntó:

—¿Pero qué sucede con tus raíces aéreas? He oído que, a veces, estrangulan a otros árboles.

El Ficus Banyan suspiró, mientras el viento acariciaba sus hojas.

—Ah, esa es una paradoja de nuestra existencia. Mis raíces aéreas, al caer y tocar el suelo, a veces, en su búsqueda de crecimiento, envuelven a otros árboles hasta estrangularlos. Es un recordatorio de la importancia de mantener el equilibrio: crecer sin impedir que otros crezcan, apoyarnos sin asfixiar.

Las sabias palabras del árbol acompañaron a la pequeña de regreso a casa.

Con el transitar de los años y el devenir de las estaciones, Li se convirtió en una joven conocida por su capacidad para traer paz a su comunidad, siempre recordando en su corazón las lecciones del sagrado árbol.



El camí

Mírei Claret van Dorp

Camí de casa, vaig trobar un esquirol. Es va parar davant meu com si em volgués dir alguna cosa. Saltava d'arbre en arbre mentre cantava una cançó:

*Flor de taronger, perfumes el meu camí,
a casa el març i l'abril.*

Em dónes els teus fruits, taronges fresques tot l'any.

Vigila que no te'n caigui cap al cap!

Cada dia passava pel camí sense entendre què em volia dir l'esquirol, fins que un dia vaig aixecar el cap i vaig deixar de mirar-me els peus. Aleshores vaig veure el verd intens de les fulles, el taronja brillant dels fruits; vaig sentir el perfum exquisit de les seves flors...

Cada dia, de camí a casa, pensava: *quina sort tinc d'admirar tanta bellesa al meu voltant!*

M'acompanyava l'esquirol, botant de branca en branca i cantant:

Mira al teu voltant,

*perquè sempre hi descobriràs bellesa i alegria
que et faran sentir plena a l'acabar el dia.*

Un dia, en passar pel camí, l'esquirol no va venir a rebre'm, i vaig sentir com si alguna cosa no anés bé. Havien tallat els tarongers perquè estaven malalts i perdien les fulles. Estava massa pendent de mirar cap al cel i no m'havia adonat que el camí estava ple de fulles mortes!

Des de la llunyania, vaig sentir l'esquirol cantant:

Vine a provar un nou camí,

ple d'arbres i ocells,

on el vent suau fa cantar les fulles dels arbres;

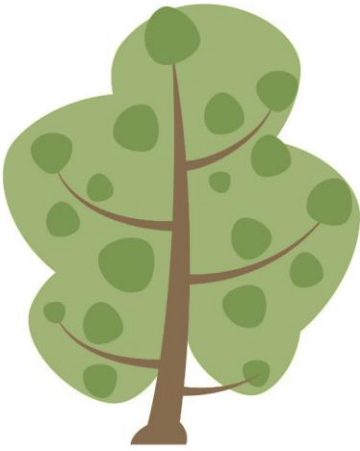
els tarongers sempre estaran en el nostre cor,

per descobrir nous camins.



El castaño

Luis Freitas Rodríguez



Vuelvo a meter la mano en el tarro para disfrutar de otro dulce de castaña mientras miro pícaramente a la abuela. De repente, ella se levanta y dice:

—¡Vamos a dar un paseo!

Salimos de la aldea y nos adentramos en las fincas hasta llegar a un terreno lleno de castaños, plantados con perfecta uniformidad.

—Cuando tu abuelo y yo éramos jóvenes, plantamos estos árboles. Cada año recogemos de aquí las castañas que tanto te gustan.

—¿Dónde están? —pregunto intrigado.

—¿Ves esos erizos verdes? Dentro de ellos están las castañas.

Agachándose, recoge uno del suelo y me lo entrega con cuidado. Siento las afiladas púas en mi mano.

—¡Abuela, esto pincha! ¿Cómo sacas la castaña sin hacerte daño?

—Esperando —responde con calma—. Ahora, el fruto y las hojas son verdes, pero cuando llegue el otoño habrán madurado. Entonces el erizo se abrirá y caerá, permitiéndonos recoger las castañas.

De regreso a casa, me siento a observar desde la galería trasera. Un castaño distinto a los demás llama mi atención. Está solo; algunas de sus ramas carecen de hojas, y su tronco parece quebrado y ahuecado.

—¡Abuela! ¿Qué le pasa a este castaño? Parece enfermo, está roto.

—Este es el más importante de todos —responde ella.

La miro, desconcertado.

—Fíjate en el suelo a su alrededor —añade.

De repente, noto pequeños brotes con grandes hojas de castaño que emergen de la tierra. ¡Están naciendo nuevos árboles a su alrededor!

—Este castaño ha estado aquí desde antes de mis abuelos. Los demás castaños que has visto provienen de él. Lo que ves son las cicatrices del tiempo. Ha soportado heladas, plagas y tormentas. Pero sigue en pie, y sus frutos permitirán el nacimiento de nuevas generaciones. No es débil: su fortaleza radica en saber esperar. La nuestra está en respetar sus ciclos y comprender su importancia.

Ciclo continuo

Lorena Serra

Alguien, recién despertando a los primeros rayos cálidos del sol, estira su cuerpo por primera vez y nota que no está solo.

—¡Hola! ¿Sabes quién soy yo? —pregunta tímido.

—Eres un pequeño haya, joven. Has nacido en este bosque junto a muchos otros árboles. Yo soy Manzano, pero aquí también viven Almendros, Higueras, Cerezos, entre otros. Has nacido de una semilla.

—¿Y qué hago aquí? —curioseó.

—Cada vez que un ser humano termina los días de su largo invierno, sus descendientes plantan una semilla en este bosque, como alegoría de lo que esa persona representó para ellos. Tú encarnas el espíritu de alguien muy querido, que ha concluido su ciclo terrenal. A medida que crezcas, tus raíces se hundirán profundamente, y tu tronco y ramas se elevarán hacia el cielo, reflejando su equilibrio y su transición de lo material hacia la energía del Todo.

Tu tronco, fuerte y recto, será símbolo de su firmeza e integridad.

Tus ramas flexibles y hojas suaves nutrirán el recuerdo de su forma comprensiva de ver la vida. Con tu vigor al despertar en primavera, representarás su fuerza vital, y, al dejar que tus semillas viajen con el viento en verano, expandirás su energía.

Con tus frutos, alimentarás a otros seres, perpetuando su generosidad. Al desprender tus hojas en otoño, mostrarás su adaptabilidad en los momentos necesarios. Y al dormir en invierno, reflejarás la última etapa de su vida, esa quietud y paz que la caracterizaron.

—Entonces... esa persona siempre vivirá.

—Así es. Aquí, cada uno de nosotros ofrece su sombra en los días más calurosos, frutos para el hambre, descanso para los viajeros y oxígeno para la vida. Conectados entre nosotros y con nuestro simple *ser*, cumplimos con el equilibrio necesario para la existencia.



El ginkgo biloba

Juan Antonio Sánchez Cabrera

En China, existe un ejemplar de ginkgo biloba con más de 1,400 años de antigüedad. Se le considera un árbol sagrado, un superviviente que, a pesar de su fortaleza, necesita cuidados específicos para desarrollarse correctamente.

Un día, en un parque, un niño curioso se acercó a un majestuoso ginkgo y, al observar su tronco, preguntó:

—¿Por qué tienes esa puerta dibujada en el tronco?

El ginkgo, con voz sabia y serena, respondió:

—Si adivinas las dos palabras mágicas, la puerta se abrirá.

El niño comenzó a decir todo tipo de palabras, pero la puerta permanecía cerrada. Lejos de rendirse, continuó explorando, reflexionando sobre lo que podía estar haciendo mal. Finalmente, comprendió que necesitaba ayuda y, mirando al ginkgo, dijo:

—Por favor, Ginkgo, ayúdame.

En ese instante, la puerta se abrió. El rostro del niño se iluminó de asombro y felicidad al ver cómo el interior del árbol se revelaba ante él.

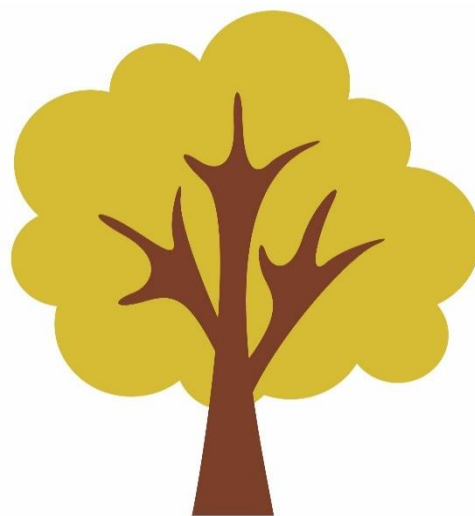
—¡Gracias, Ginkgo! —exclamó.

Acto seguido, una gran sala dentro del ginkgo se iluminó. En su interior había estanterías repletas de botes de hierbas y manuscritos antiguos. En uno de ellos, el niño leyó:

“Los humanos no sois el mundo, sois parte de él. Ofrece lo que tengas para el beneficio de los demás y mantén el curso natural del universo.”

Otro manuscrito explicaba cómo utilizar el ginkgo como planta medicinal, destacando sus propiedades curativas y el vínculo especial entre el árbol y quienes lo respetaban.

El niño, maravillado por el tesoro que acababa de descubrir, comprendió el valor de las palabras mágicas: “Por favor” y “Gracias”.



El pi i el Dao

Carles Amengual i Vicens

El pi guaita des del penyal esquerp sobre la mar immensa, lluitant amb les ventades que atupen la ribera, com un gegant guerrer. Així descriu el poeta, amb semblants paraules, l'eterna i constant lluita d'aquest arbre amb el vent i l'escuma del mar, amb la boira engegadora i el sol amorós, amb el llamp ardent i el bramul de l'oratge. Amb la seva arrel poderosa, revinclada entre les roques, el pi deixa que les coses segueixin el seu curs, adaptant-se als ritmes de la natura. Quan neix, el pi és tou i flexible, com l'ésser humà. Quan mor, és sec i marcit. Però, què fa durant la seva llarga vida? Es doblega, però roman íntegre. És tort, però esdevé recte.



La solemne salmòdia de la remor del bosc fa somniar desperts els caminants. Així, el pi flueix en totes direccions per complir la seva tasca: viure tots els seus dies amb la plenitud de la força vital.

Nota: aquest breu escrit s'inspira en el Dao De Jing i en el "Pi de Formentor" de Miquel Costa i Llobera.

El sauce llorón que quería ser álamo

Nathalie Besson

En los albores de la primavera, algunas semillas se encuentran. Todas son blancas, salvo una.

Pero eso no importa: juegan juntas y se preparan para sembrarse.

La primavera avanza, alternando sol y lluvia. Poco a poco, las semillas echan raíces y los arbustos emergen, creciendo con el paso del tiempo.

Bajo el cálido sol del verano y alimentados por el agua del arroyo, los arbustos se transforman en árboles altos de tronco blanco: álamos. Sin embargo, uno de ellos, nacido de la semilla diferente, crece con un tronco marrón y torcido. Además, sus ramas más pequeñas empiezan a inclinarse hacia el suelo. El árbol del tronco torcido se siente triste; anhela ser como sus amigos, los álamos. Así, se esfuerza con todas sus fuerzas para cambiar.

El otoño llega, y las hojas de los árboles caen, tiñendo la aldea de tonos cálidos. Mientras tanto, el árbol torcido sigue intentando enderezar sus ramas, apuntándolas al cielo.

Con el invierno, el frío y el viento se hacen presentes. Las ráfagas son fuertes, capaces de arrastrar casi todo a su paso. El pobre árbol torcido lucha con todas sus raíces para no desarraigarse. A duras penas, logra mantenerse en pie.

Finalmente, el viento cesa, y los álamos, cubiertos de un delicado polvo blanco, anuncian el regreso de la primavera. El árbol torcido, por su parte, se siente feo y vulnerable.

Cerca del arroyo, unos bambús escuchan sus lamentos y le dicen:

—Deja de lamentarte. Eres un sauce llorón, y tus ramas están destinadas a caer hacia el suelo.

No intentes cambiar lo que eres. Permite que la naturaleza siga su curso.

El sauce llorón, confundido, reflexiona sobre las palabras de los bambús. Finalmente, decide dejar de luchar. Permite que su tronco torcido siga su curso y deja que sus ramas caigan al suelo, creando un espacio fresco y acogedor junto al arroyo.

Desde entonces, el sauce llorón crece tan majestuoso como los álamos, pero a su manera.

Y nunca más temió al viento, pues ahora sabía que su fortaleza radicaba en aceptar su verdadera naturaleza.



El silenci del garrofer

María Mataró Serrat

M'assec a terra i recolzo l'esquena en el teu tronc per fondre'm amb tu, garrofer. Sento l'olor de la terra humida, la calidesa de la teva escorça, l'aire suau i els raigs de sol que es filtren entre les teves branques i fulles. Un concert de natura en plena harmonia. El temps sembla aturar-se, tot i que continua fluïnt sense esforç en el seu cicle etern.

Tanco els ulls i percebo la teva força dins meu, arrelada a la terra, arrelada a l'eternitat d'aquest moment present. Els ocells canten, mentre el murmuri llunyà dels cotxes em recorda la fugacitat de la vida moderna, una vida que, per a tu, no és més que un instant passatger.

Avui no fa vent, però sé que has viscut tempestes i calmes. Les teves branques tortuoses, que sostenen el pes del món, continuen enlairant-se amb serenitat, desafiant la gravetat amb una fidelitat immòbil al teu camí.

Per a tu, la paciència no existeix, perquè la paciència ets tu. No tens pressa, perquè coneixes el secret de la durada, de la persistència sense resistència. Obro els ulls i t'observo. Penso en els anys que has viscut, en les generacions que han buscat la teva ombra, en els secrets que has guardat al teu interior, tan profunds com les teves arrels.

Quantes coses has vist, garrofer? Quantes històries has escoltat? En la teva quietud, ets un mestre del temps, un testimoni silenciós de les vides que neixen i moren al teu voltant. Només hi ha el

fluir constant, la transformació incessant.

Ets aquí, ara, com ho has estat durant anys. I el teu silenci em parla d'una realitat que va més enllà de les paraules, d'una veritat que només es pot comprendre des del cor.

En aquest moment de silenci compartit, em sento, per un instant, una amb tu, una amb el món que ens envolta.



El texu

José Antonio Díaz Blanco

La idea surgió mientras caminábamos por un castañoedo, rodeados de castaños centenarios de más de 500 años. Era el momento perfecto para hablar con mis nietos sobre los principios del taoísmo, explicándoles cómo el universo opera de manera armónica según sus propios ritmos y leyes. Les comenté que, cuando el ser humano se enfrenta a la naturaleza con su propia voluntad, altera esa armonía innata, olvidando nuestra conexión esencial con el entorno y la necesidad de alinearnos con sus procesos.



Para hacer tangible esta enseñanza, propuse una visita a un *bosque mágico*, habitado por árboles con más de dos mil años de historia. Días después, cargamos nuestras mochilas y, guiados por el GPS, llegamos a una arboleda poblada de majestuosas hayas y robles. Siguiendo un sendero sinuoso, alcanzamos la cima de la montaña y cruzamos una barrera de arbustos que protegía el recinto de animales curiosos.

Al otro lado, descubrimos una población de tejos de todas las edades. Quedamos boquiabiertos: el paisaje parecía sacado de un cuento de leyendas. El contraste de colores era fascinante: la corteza marrón verdoso de los troncos, el verde intenso de sus ramas y el rojo vibrante de sus frutos componían un espectáculo único.

Cuando llegó el momento de regresar, comentamos que estos árboles eran raros de encontrar en los bosques de nuestro entorno. Aproveché la ocasión para explicarles que los tejos son árboles enormes y longevos, cuya madera, valiosa y resistente, está protegida por su carácter milenario. Sin embargo, sus hojas esconden un veneno letal. Les hablé de cómo estos árboles, a lo largo de los siglos, han desarrollado una capacidad de adaptabilidad profunda: en lugar de luchar contra las circunstancias, han aprendido a convivir con ellas en perfecta armonía.

Antes de despedirnos de aquel paraje encantado, les expliqué que los tejos suelen encontrarse en lugares remotos, lejos del alcance de la actividad humana. Cada criatura, cada ser, posee su propio “Te”, les dije, que es su expresión única del Tao: vivir de acuerdo con la verdadera naturaleza de uno mismo.

¡Ya estamos planificando nuestra próxima excursión a otro tejedal!

El valle de los frutos

Cristina García García

En un apacible valle, vivía un anciano manzano cuyas ramas danzaban con el viento, fluyendo sin resistencia. Su serenidad y fortaleza ante cualquier tormenta maravillaban a los animales que habitaban allí. Un día, un joven árbol, impulsado por la curiosidad, le preguntó cómo lograba mantenerse tan tranquilo.

El manzano sonrió y, con voz pausada, compartió su secreto:

—Sigo el Tao, el camino de la naturaleza. No lucho contra el viento, me dejo llevar por él. Esa es la esencia del *Wu Wei*, la acción sin esfuerzo. Al fluir con la naturaleza, hallo mi fortaleza.

El joven árbol, fascinado, quiso aprender más.

—¿Cómo puedo aprender a fluir como tú? —inquirió con sinceridad.

El manzano, con paciencia, respondió:

—Deja que el *Te*, el poder natural que reside en ti, sea tu guía.

Observa cómo me inclino con el viento, convirtiéndolo en aliado en lugar de adversario. Esa armonía es la que me da vida y fuerza.

Con el paso del tiempo, el joven árbol comenzó a soltar sus resistencias. Aprendió a inclinarse con el viento y, en lugar de temer las tormentas, descubrió que podía florecer a través de ellas. Poco a poco, una energía mágica lo llenó: la fuerza que brota al seguir el camino natural sin oposición.

Mientras tanto, el anciano manzano, con sus ramas repletas de frutos, mostraba que vivir en armonía con el Tao no solo permitía resistir las adversidades, sino también dar.

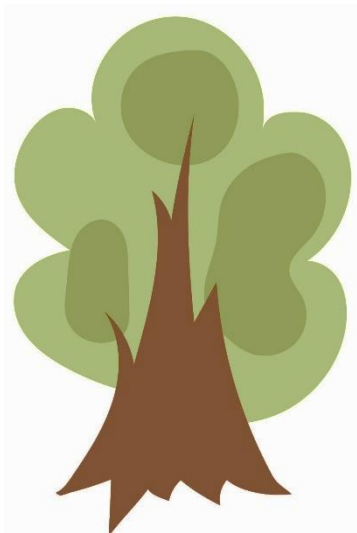
—Al fluir con la naturaleza, encontramos propósito y fortaleza —decía con sabiduría.

Inspirados por su ejemplo, los árboles del valle comenzaron a bailar con el viento, abrazando el poder del *Te*. Unidos en esa danza serena, sus ramas se llenaron de frutos abundantes, y juntos crearon un ecosistema en perfecto equilibrio con el universo



El viejo roble

Javier Ramírez Gámez



Llevábamos ya casi una hora de camino bajo el sol del mediodía. Me gustaba ir montado sobre Nicolás, nuestro burro, me hacía sentir importante.

Me llamo Antonio, y tengo nueve años. Soy el menor de ocho hermanos: cuatro hermanas mayores y tres hermanos. Todos ellos estaban aquel día trabajando en el campo, en la siega. Nuestro padre murió cuando yo apenas tenía un año, pero su ausencia era como si lo llenara todo aún entonces.

Desde la distancia, vi a mis hermanos. Al reconocermelos, dejaron las herramientas y se reunieron al pie del Viejo Roble, ese árbol majestuoso que siempre nos esperaba. Todo ocurría entonces muy rápido: risas, bromas, algún que otro refunfuño. Bajábamos la olla de comida que llevaba Nicolás, la colocábamos sobre una gran piedra que hacía de mesa improvisada, y nos sentábamos alrededor para comer el puchero que mi madre había preparado.

Cuando terminábamos, cada cual buscaba su rincón bajo la sombra del roble para descansar. Era el momento sagrado de la siesta: almas que se sumergían en Lo Profundo, soñando con un futuro mejor, con una vida más llevadera. Bajo las ramas de aquel árbol centenario, sentíamos su abrazo protector y nos dejábamos mecer por el susurro hipnótico de sus hojas.

Siempre era mi hermana Ana, la mayor, quien nos devolvía al mundo real. Con voz suave pero firme, nos ponía a todos en pie. Mis hermanos y hermanas regresaban al campo para seguir trabajando, mientras yo emprendía el camino de vuelta a casa.

Cuando me alejaba, algo me hacía girarme. Me quedaba mirando al Viejo Roble, su sombra inmensa, y un poco más atrás, el campo de trigo y mis hermanos. Y entonces sucedía: veía al Viejo Roble sonreírme, cariñoso y dulce, y yo sabía que en realidad era mi padre el que me sonreía a través de él.

Con esa certeza tranquila, me daba la vuelta y seguía el camino, montado sobre Nicolás. Mi madre ya estaría esperándome en casa, con su amor y sus besos, para cerrar un día más bajo el sol y el roble, donde la vida seguía fluyendo con su ritmo eterno.

Homenatge al meu avi: la figuera

Lourdes Frígola Gironès

Fa molts i molts anys, en una casa de pati ampli, vivia una família formada per pares, fills i avis. Al fons del pati s'erigia una figuera immensa, amb una capçada que s'alçava cap al cel com si volgués tocar les estrelles, i unes arrels profundes que s'endinsaven amb força a la terra, abraçant-la.

Alguns dels meus millors records d'infància estan lligats a aquella figuera i al meu avi. Jo era la més petita de la casa, i ell, el més gran de la família; com un símbol del cicle de la vida, principi i fi units per l'amor, el vincle més poderós.

Cada any, l'hivern deixava pas a la primavera, i amb ella floria la figuera. Durant l'estiu, els petits 'botons' verds creixien fins a madurar plenament, transformant-se en figues delicioses que, a finals d'estiu o principis de tardor, lluien el seu color verd per fora i vermell intens per dins.

El meu avi em va ensenyar un truc que recordo amb tendresa: amb una llauna lligada a l'extrem d'una canya, podia arribar a les branques més altes de l'arbre. Malgrat ser petita i baixeta, aquella eina senzilla em permetia collir les figues més inaccessibles, que devoràvem amb delit. Era un gust únic, com cap altre.



Aparentment, l'única constant en aquell món era el canvi, el fluir inevitable del cicle anual de la figuera, que alhora reflectia el meu propi cicle vital. Aquell canvi, però, no era dissonant: era harmònic, perfecte, en sintonia amb la natura i l'univers.

Quan recordo aquella època de la meua vida, sento un consol profund, una serenitat que em connecta amb l'amor immens que el meu avi, el meu padrí, sentia per mi, i que

jo sentia per ell.

El passat i el present s'entrellacen en un temps sense temps, en el cicle infinit de la vida que batega al compàs de l'univers.

La humilitat de l'Auró

Diego Orta i Molins

Temps era temps, els meus pares m'explicaven que, de nadó, em resguardaves sota les teves arrels, acotxat per la teva verda copa.

I em dormia.

Confiat.

Quin regal!

No hi havia res més segur que el teu contacte, al bell mig de les teves arrels vigoroses, que brollaven del terra com braços protectors.

Corrent descalç, creixia. Brincava, i quan l'esgotament de l'estiu em vencia, m'estirava a l'ombra de les teves fulles, com si fugís d'aquella calor que jo mateix havia perseguit amb entusiasme.

Quan l'aire anunciava les pluges que s'acostaven, m'agradava observar com els raigs de sol tardorenc es filtraven entre les teves fulles, ara vermelloses, que deixaves anar amb lentitud.

El vent completava la teva tasca de renovació, despellant-te i mostrant-me la teva escorça nua, que m'encantava abraçar. Llavors, em convidaves a viatjar cap endins, a meditar...

D'on vinc? Del Tao.

Què sóc? Allò que no sóc.

Quin és el moment? Aquest. I no pas cap altre.

Quan arribava el fred, la llar de foc ens acollia, alimentada pels teus branquillons, mentre generosament ens regalaves la teva saba, que un dia esdevindria xarop.

Amb el desglaç, contemplava la teva solitud regeneradora. Observava com el Qi et dibuixava tendres brots que aviat serien fulles fresques. Aquell mateix Qi vital que m'impulsava també a créixer.

Dia rere dia, aprenc de tu a desaprendre, i a entendre la gosadia de l'amor. Per això sé que guardaràs dins teu els meus secrets, les meves pors i aquell desig que et vaig confiar.

Ja hi eres quan vaig néixer, i sé que també hi seràs quan jo traspassi. Qui pot resistir-se al pas del temps?

Hem viscut junts la calor i el fred, el vent i la humitat... les sequeres i també les pluges. El dol, quan els meus parents es van unir al Tao. I la joia, quan vaig confiar-te, sota les teves arrels, el resguard dels meus fills.



La luz del limonero

Violeta Albareda Fernández

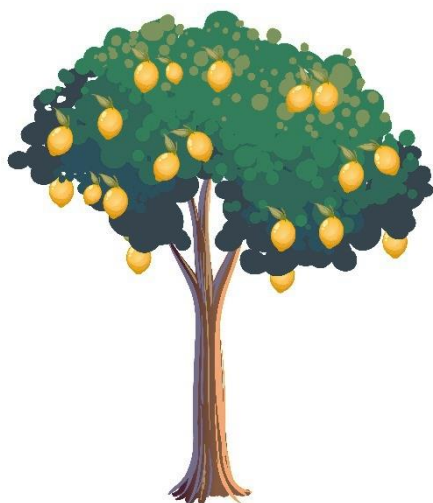
Lucía venía del Sur. De niña, había crecido en una casita de la huerta, ocultándose entre limoneros, azahar y el cosquilleo del agua en la acequia.

El trabajo de sus padres la llevó a la ciudad. Allí, Lucía creció, construyó su vida y tuvo un hijo y una hija. Pronto serían mayores y alzarían el vuelo. En los últimos tiempos, buscaba la forma de transmitirles aquello que para ella era esencial. Pero cuanto más lo intentaba, más alejada parecía de aquello que deseaba contarles.

Una mañana de finales de invierno echó a andar. El camino discurría entre campos adormecidos, la tierra aún desnuda y seca tras el reposo invernal. Caminó, acompañada por el sol, que ascendía en el cielo. El hambre comenzó a apretar y buscó un árbol bajo cuya sombra detenerse, pero los campos yermos no ofrecían refugio. Se sentó al borde del sendero, comió un bocado y reanudó la marcha.

Entonces lo vio. Un limonero crecía humilde en mitad del campo. ¿Cómo podía, en medio de tanta sequía, resplandecer así su follaje? Intrigada, se acercó y se cobijó bajo su sombra.

La fragancia del azahar pronto la sumió en un sopor. Entre sueños, Lucía se deslizó tierra abajo, siguiendo el rastro de las raíces del árbol. La oscuridad la envolvía, el tacto del suelo se tornaba



áspero y solo el eco de su descenso y el olor de la tierra la acompañaban. Se sintió perdida. Tuvo miedo. La negrura era inmensa. Pero las raíces seguían guiándola. Decidió confiar y entregarse. Respiró profundamente.

Entonces, lo percibió: una humedad sutil, un perfume desconocido en todo el trayecto. Y allí estaba. Un hilo de agua corría sereno en las profundidades. Su murmullo la despertó. Lucía comprendió. Recogió dos limones caídos y emprendió el regreso.

La mimosa

Olga Pallàs Estatuet

Era una tarda de finals d'hivern, quan la natura es preparava per renéixer. Sota l'ombra d'un arbre mil·lenari, un avi i el seu nét descansaven en silenci, sentint la brisa suau que els acariciava el rostre.

"Explica'm, avi, la història d'aquest arbre," va dir el nen amb els ulls plens de curiositat.

L'ancià va dibuixar un somriure d'amor i començà a parlar:

"Fa molts anys, un estranger va arribar a aquest lloc des d'una terra llunyana, on el mar es troba amb el cel. La seva pell era fosca i la seva aparença diferent, però el seu esperit era conciliador, i l'ànima, compassiva i humil. Els nens del poble el van rebre amb alegria, i la nostra bona gent li va oferir menjar i refugi sense esperar res a canvi.

L'estranger, agraït, va decidir continuar el seu camí, però abans va deixar unes llavors, un gest

senzill de gratitud. Les llavors es van enterrar en aquesta mateixa terra, on ara ens trobem.

Amb el temps, la cobdícia i la guerra van enfosquir el cor dels homes, i aquest poble va ser destruït. Però les llavors, oblidades sota les cendres, van esperar pacientment.

Anys després, un jove, guiat per l'enyorança de tornar al seu lloc d'origen, va arribar a aquest indret i va plorar. Les seves llàgrimes, sense pretensió, van despertar les llavors adormides.

Un arbre va brotar, ple de vida, i va florir amb raïms daurats com el sol. El jove va compartir aquest miracle amb la seva gent, que, en escoltar la història, van comprendre que el seu veritable llar mai no havia desaparegut.

Cada primavera, quan la mimosa floreix, recordem que la pau i l'alegria veritables neixen quan vivim en harmonia amb el Tot, deixant que la vida segueixi el seu curs natural."



La parra

Juan Antonio Fuentes Sánchez

Si me hubieran dejado elegir dónde echar raíces, hubiera escogido este íntimo y escondido patio en el hogar de esta humilde familia. Su suelo fértil es mi más fiel aliado, permitiéndome crecer en armonía, para expandir mis raíces y absorber los nutrientes que necesito. El patio es mi universo, mi protección, mi refugio, mi confidente. Solo necesito fluir para ser robusta y regalar hermosos racimos.

Hoy, una de aquellas noches estivales, la familia se reúne a cenar bajo mi sombra refrescante.

Oigo una conversación:

Y la parra ¿desde cuándo está aquí? – pregunta el niño.

Siempre ha estado aquí, forma parte de esta casa, de nuestra familia, la cuidamos como a uno más – responde la madre.

Al escuchar estas palabras, me estremezco. Mi ser se inunda de emoción y sacudida como por una corriente eléctrica, tiemblo agitando mis hojas suavemente como acariciadas por una suave brisa.

Has visto mamá, se ha movido – dice el niño a la madre.

Se ha emocionado al oírnos – contesta la madre.

El niño se levanta incrédulo de la silla, y corre a acurrucarse en el regazo materno. Mientras la noche, despliega su manto de estrellas y a través de mi follaje, el niño mira el cielo.

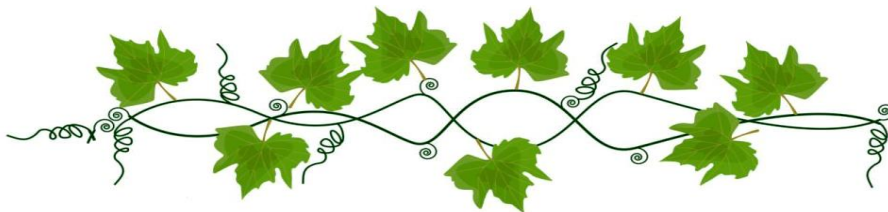
Mira, mamá, las estrellas son uvas brillantes - dice el niño sonriendo.

La madre asiente, y acariciándole el cabello, le responde:

Estrellas que guardan la historia del universo, al igual que las uvas atesoran la historia de nuestra familia.

Al escuchar estas palabras noto como mi savia fluye impulsada por una energía de amor y felicidad.

Es medianoche y poco a poco, la familia se va retirando de mi cobijo dejándome de nuevo sola en este mi pequeño y tranquilo universo. Bajo la luz de la luna, duermo, soñando con risas y conversaciones de viejas y nuevas generaciones, sabiéndome centinela de cada palabra.



Las raíces de la sabiduría

Jorge Peña Gómez

En las montañas remotas de la antigua China, un anciano maestro vivía en armonía con la naturaleza, apartado de la civilización. El aire era puro, el agua cristalina, y el fuego de su hogar ofrecía un calor constante y acogedor.

Un día, un joven, cansado y perdido en su búsqueda de respuestas, llegó hasta él.

—¿Qué buscas? —preguntó el maestro, mientras el viento susurraba entre las ramas.

—Busco sabiduría. Busco gozo. No encuentro mi camino —respondió el joven.

El maestro, con una sonrisa serena, lo invitó a sentarse junto al fuego.

—Te contaré una historia sobre las secuoyas —dijo.

—Las secuoyas son los árboles más altos de la tierra, pero no crecen solas. Bajo la superficie, sus raíces se entrelazan, conectándose entre sí. Las más fuertes comparten su savia con las jóvenes y débiles, ayudándolas a alcanzar alturas inimaginables. Actúan con compasión, porque saben que solo juntas pueden resistir las tormentas; con amor, porque dan sin esperar nada a cambio; y con ecuanimidad, porque ninguna busca ser superior. En esa conexión encuentran alegría y gratitud por existir juntas.

El joven escuchó en silencio. La tierra bajo sus pies le pareció más firme, el viento, más ligero.

—El Qigong es como las raíces de las secuoyas —continuó el maestro—. Un maestro sabio puede enseñarte a mover tu energía, conectándote con el mundo como las raíces con la tierra. Cuando cultives estos cuatro pensamientos inconmensurables —compasión, amor, ecuanimidad y alegría—, hallarás tu verdadero camino.

El joven inclinó la cabeza con gratitud. Su búsqueda, al fin, había comenzado.



Los olivos de mi pueblo

María del Valle Villaécija Barea

Hace ya mucho tiempo, en un pequeño pueblo llamado El Olivar, sufrimos una serie de sucesos desgarradores a causa de la guerra. Cientos de vidas, humanas y vegetales, fueron arrebatadas, dejando un paisaje de muerte y desolación. Los hogares se llenaron de pena y hambruna, y poco a poco la gente comenzó a marcharse, buscando escapar de las penumbras que ensombrecían el lugar.

Mis abuelos, oriundos de El Olivar pero afincados en la ciudad, me narraron aquella historia. Desde que supe de mis raíces, sentí un deseo incontenible de conocer ese pasado y caminar sobre la tierra que había sostenido a mis ancestros. Cuando llegué al pueblo, un palpito me recorrió el cuerpo, y mis pasos me guiaron hasta un escampado. Intuí que aquel lugar había sido testigo de las desgracias. Me senté junto a un pequeño olivo, único vestigio de lo que alguna vez fue, y contemplé la Vía Láctea desplegándose en el cielo, iluminando mi ser con su inmensidad.

Sin darme cuenta, me quedé dormida. Y en ese sueño, un mensaje revelador llegó hasta mí, transformando no solo mi vida, sino también el destino del pueblo. Soñé que plantábamos olivos en aquel mismo escampado, devolviendo la paz y la vida al lugar.

Hoy, más de veinte familias hemos vuelto a poblar El Olivar. Cada diciembre, nos reunimos para danzar alrededor de los olivos, recolectar las aceitunas y llevarlas al molino. La alquimia de nuestras manos, unida a la generosidad de la naturaleza, nos regala un aceite de calidad excepcional, reconocido en todo el mundo.

La primera rociada de cada cosecha la dedicamos a la tierra, en señal de agradecimiento a la próspera y siempre cambiante Madre Naturaleza.



Nita i l'aroma del bosc

Ana Legua Febas

A la vora de les Muntanyes Blaves d'Austràlia vivia Nita, una nena de deu anys apassionada per la natura. A les tardes, quan sortia de l'escola, li encantava perdre's entre els arbres d'un bosc proper a casa seva. Els seus cabells castanys dansaven al vent mentre es movia àgilment pel bosc, escalant fins al cim d'un majestuós eucaliptus. Els arbres eren per a ella com gegants amics que li permetien veure el món a vista d'ocell. Entre tots, aquell gran eucaliptus era el seu preferit. Des de dalt, embolcallada pel murmuri del vent i l'aroma fresca de les fulles, sentia una connexió profunda amb la natura.

A peu d'arbre, el seu germà petit, Marc, la contemplava amb una barreja de fascinació i preocupació:

—Ves amb compte, Nita! —cridava amb la seva veueta inquieta.

—No pateixis, Marc! Soc una experta escaladora d'arbres! —responia ella amb un somriure confiat mentre seguia ascendint.

El vent bufava suaument, i Nita, ja asseguda en una branca alta, va tancar els ulls per assaborir el moment. L'aroma de l'eucaliptus l'envoltava com una càlida abraçada. En aquell instant, es sentia una sola cosa amb l'arbre: cada fulla, cada branca i el vent semblaven part d'ella mateixa. Quan va obrir els ulls, una sensació de pau immensa la va envair. Observava com la llum del sol començava a cedir el pas a la lluna, que s'alçava amb delicadesa darrere les muntanyes, cobertes d'un mantell verd i blau.

De sobte, el record d'una discussió amb Marc aquell mateix matí li va travessar la ment. Ell li havia demanat pujar amb ella a l'arbre, però ella s'hi havia negat, temerosa que es pogués fer mal. Ara, des del cim de l'eucaliptus, aquells retrets semblaven insignificants. Va comprendre que havia estat massa dura amb el seu germà. No volia que les seves pors es convertissin en barreres entre ells.

Va somriure amb una decisió presa. Igual que l'aroma del bosc, l'afecte de Marc era únic i insubstituïble. Quan va baixar de l'arbre, el va abraçar i li va dir:

—Demà pugem junts, Marc. Però ho farem amb molta cura, d'acord?

Els ulls de Marc es van il·luminar, i en aquell moment, Nita va entendre que compartir aquells instants amb ell faria que fossin encara més especials.



Pinsapo

Francisco Venegas Benítez

Sierra de las Nieves... un rincón del mundo.

—¿Lo sentiste?

—Sí... se acerca la primavera.

—Por poco me lo pierdo. Han vuelto los raritos.

—Andan discutiendo, mirando papeles.

—El viento los volará...

—Siempre pasa algo cuando aparecen. ¿Recordáis aquel verano?

—Cómo olvidarlo... Su descuido. El sol calienta, el fuego quema... Muchos volvimos a la tierra.

—Sí... Y con la tristeza del recuerdo el otoño, y ellos vuelven a buscarnos. ¿Leña seca dicen?

—Para su invierno. Tienen frío.

—Nos observan, discuten.

—No les prestes atención. Acabarás como ellos.

—¿Qué quieres decir?

—Olvidaron su naturaleza, y sufren.

—No te entiendo.

—Surgimos de la tierra. Nuestras raíces se extienden y se abrazan a ella. Todo nos da. Troncos y ramas se alzan al cielo, aire, luz, calor... Agua y magia. Aquí somos todas formas y colores, sosteniendo el cielo, uniendo la tierra... Sin esfuerzo, sin ruido, íntegros, completos. ¡Gozando el silencio! Esa es nuestra naturaleza. Suficiente con Ser.

—Cuando te pones místico es difícil seguirte.

—Si olvidáis vuestra naturaleza, acabaréis como ellos. Ya está ocurriendo. Si seguís prestándoles atención, os impregnaréis de su desconexión y olvidaréis que todo somos uno. Si hasta habláis como ellos. ¡Y nosotros no hablamos!

—Es verdad... pero también recuerdo aquella primavera de los amantes. La danza del Yin y el Yang, lo llamaste.

—Y la de los pequeños. ¡Qué risas!

—Tienen sus momentos...

—¿Qué pasa?

—Se van.

—¿Qué dijeron?

—Pues eso, sus cosas. Media primavera discutiendo, mirando libros, haciendo dibujitos... Al final: "Tú abeto. Tú pino. Y tú... ni pino ni abeto: PINSAPO"

—Ya tenemos chiste y este va a durar.

—Je, je... Pinsapo. Menudo nombrecito.

—Silencio, hermanos, os lo vais a perder... ¡Polluelos!



Sakura, el cerezo japonés

Montserrat Ruíz Delgado

En un rincón remoto de Oriente, los cerezos Sakura florecen, pintando el paisaje con una belleza sin igual.

El Dr. Haruto, un anciano maestro del dibujo japonés, estaba sentado en una roca, retratando a su nieta Mei, de siete años, bajo la mágica lluvia de pétalos. Desde que Mei nació, cada primavera el Dr. Haruto inmortaliza estos momentos en sus lienzos, envuelto en la suave fragancia y los delicados tonos rosados y blancos de las flores.

Un día, un joven llamado Haru se acercó, atraído por la serenidad del lugar y el arte del anciano. Tras presentarse, el Dr. Haruto le explicó que los cerezos Sakura simbolizan el amor y la fugacidad, reflejando su vínculo eterno con Mei.

Intrigado, Haru le preguntó sobre la relevancia del lugar. Entonces, el Dr. compartió la sabiduría del ciclo vital que los Sakura encarnan. “Cada primavera trae nuevos comienzos”, dijo, “y las flores caídas nos guían por el sendero del Tao, el camino de la virtud.”

Haru reflexionó al escuchar cómo los cerezos florecen sin prisa, siguiendo su propio ritmo natural: el estado de Wu Wei, la armonía con el flujo natural de la vida. El Dr. concluyó que al



abrazar el Tao y vivir en Wu Wei, emergen la bondad y la virtud.

Cada año, el Dr. Haruto y Mei regresan a la belleza efímera y el perfume de los Sakura, aprendiendo de ellos las lecciones eternas sobre la vida y el amor.

Este cuento está dedicado a Teresa Sabaté Rodie, maestra y escritora catalana, celebrando la conexión entre la naturaleza, el arte y los lazos familiares.

Solo soy un cactus

Julio Martínez Maldonado

Abro los ojos y contemplo a los árboles que me rodean, erguidos en su orgullo, luciendo sus frutos, su altura imponente, su deslumbrante belleza. La naturaleza despliega su esplendor en cada rincón: colores vibrantes, aromas que flotan en el aire, animales que hallan refugio en las ramas y raíces de estos majestuosos seres. Me siento agradecido de compartir este espacio con ellos, con estas criaturas que embellecen el mundo.

Desde las aldeas cercanas llegan los humanos, trayendo consigo los gozos de la vida. Celebran sus días intercambiando flores y plantas, como si quisieran llevar consigo un fragmento de la madre naturaleza, una semilla que les recuerde su conexión con ella.

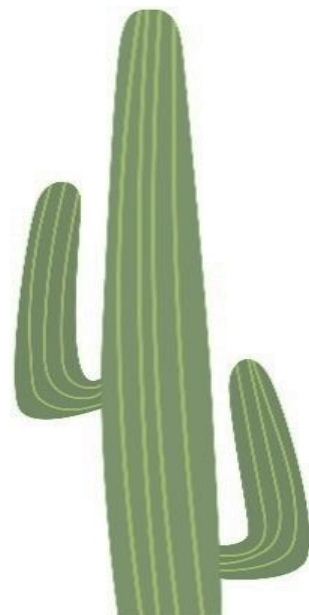
Observo nuestras diferencias y reflexiono. Tal vez, nuestras formas diversas les enseñan algo importante: que, aunque distintos en apariencia, todos somos parte de la misma fuente de vida. Sin embargo, sus acciones a veces me confunden. Hay momentos en que olvidan cuidarse entre ellos, y mucho menos cuidar a la naturaleza que les da sustento. Buscan la belleza en la superficie, maravillándose con lo externo, pero olvidan mirar hacia adentro, hacia la esencia verdadera.

Nos etiquetan, nos clasifican, nos otorgan nombres que para nosotros no tienen significado alguno. Sin embargo, todos nacemos de la misma fuente, y al final de nuestro tiempo, todos volvemos a ella. Lo único que permanece de nuestra existencia es aquello que vivimos y compartimos, los momentos en los que nos dejamos amar y aprendimos a amar incondicionalmente.

Estamos aquí para recordar quiénes somos realmente. Y la clave para ello reside en la contemplación, en escuchar el susurro de la madre naturaleza: *la gran Pachamama*. Ella, en su infinita sabiduría, nos enseña a través de su quietud, de su ciclo eterno, de su amor sin condiciones.

Esto es lo que experimento cada día bajo el sol abrasador y las noches estrelladas. Y al final, todo se reduce a una simple verdad:

Solo soy un cactus.



¡Verde, que te quiero verde!

Eva Dürk

En el cálido rincón de un salón, un pequeño abeto de hojas perennes se erguía con orgullo, sus raíces bien plantadas en una maceta robusta. Estaba vestido con guirnaldas plateadas, estrellas de paja cuidadosamente trenzadas, bolas rojas brillantes y un delicado manto de luces que titilaban como si fueran hadas danzando a su alrededor. Su presencia irradiaba calidez y alegría, habiéndose convertido en un miembro más de la familia.

Con el paso del tiempo, el abeto regresó a su hogar natural. De nuevo hundió sus raíces en la tierra fértil del bosque, rodeado de otros árboles que se alzaban hacia el cielo en un mosaico de tamaños y formas, desde los gigantes centenarios hasta los jóvenes brotes.

Allí, bajo el susurro de las copas y el abrazo del viento, volvió a brillar. No por las luces que antes lo adornaban, sino por su esencia misma, por ser una pieza viva del vasto bosque de coníferas de hojas perennes al que siempre había pertenecido.

Enraizado entre los suyos, el abeto emanaba luz y prosperidad, recordándonos que el verdadero esplendor radica en volver a nuestras raíces, al lugar donde nuestra naturaleza florece sin artificios.



Nuestra misión es fomentar la práctica de qigong a todas las personas sin distinción de género, edad, etnia, credo, origen social o condición física.

Vivimos nuestros valores: integridad, responsabilidad, compromiso y cooperación social con entusiasmo y alegría.



www.institutoqigong.com
info@institutoqigong.com